



Luis Mateo Díez
El vigía de las esquinas



LUIS MATEO DÍEZ

El vigía de las esquinas

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Luis Mateo Díez, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 16568-2025
ISBN: 979-13-87605-22-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Ángeles Encinar y Fernando Soria

UNO

El plato de la luna

Ciro Caviedo llegó a su casa en la calle Azufre cuando en el reloj de la Constelación daban las tres y media y la noche tenía agujereado el plato de la luna sobre el remanso del Escaldo, que era el río menor de una Ciudad dejada de la mano de Dios y abandonada por sus gobernantes.

La Ciudad se sofocaba en los veranos extremos o se helaba en las intemperies invernales, siempre cohibida y maltrecha entre los barrios que le apretaban el cuello y las vicisitudes que trastocaban un espíritu urbano que en el devenir de los siglos había amargado a las generaciones que la habitaron.

Ciro Caviedo no tenía esa noche la sensación de llegar bebido, aunque sabía de sobra que entre las tabernas del Baldío y los recuelos que arañaban su garganta por los mostradores de las Catervas y los Averiados, más el interludio de las Sicalipsis, habían discurrido muchas horas sin que su mente aplazara lo que estaba por venir, según atestiguaba su pensamiento, tan proclive a proporcionarle todo tipo de coartadas para hacer siempre su santa voluntad.

Entre su mente y su ánimo había un resorte muy distinto al de sus colegas del periódico y la radio y, por supuesto, al de los amigos y conocidos que no por ser conciudadanos tenían parecidas variaciones de pensamiento y obra, ni mucho menos de ilusión y crédito o de advertencias sobre lo que el futuro deparrara a quienes tan poco sabían del pasado.

Sumergidos todos y sin remedio en un presente que la dejación urbana desaconsejaba, quedando con frecuencia, unos y otros, los recientes y los de toda la vida, abortos y hasta desamparados, con muy poca previsión para que la cabeza accionara los resortes del organismo y la voluntad no enfermase.

En cualquier caso, lo que esa noche iba a suceder, y ya había anticipado Ciro Caviedo en su gacetilla del Vigía y en las ondas, no era tan previsible como irrefutable si a fin de cuentas la Ciudad no se prestaba a ello, aunque nadie pudiese negar, ni siquiera los que ya se habían percatado, de que algo raro se les venía encima.

Niebla y humo

En los barrios extremos de los Salices y las Azabacherías seguían los hundimientos de las casas, sumidas en lo que parecía una niebla ensimismada o un humo fosilizado, sin que pudiera achacarse al tiempo lo que la noche anegaba, sino a esa circunstancia de lo que habría de suceder como una amenaza o una maldición.

Sin que las autoridades pudiesen haberlo previsto en su momento, obsesionadas por sus luchas partidarias, los aborrecimientos ideológicos y la innata incapacidad para hacer del bien común el uso comunitario y no contradictorio o interesado, lo que estaba al cabo del día, y las había llevado a huir, consumando un abandono muy en consonancia con el saqueo del erario público.

Sucesos y revelaciones

Ciro Caviedo se metió en la cama y, además de sentir el bochorno de su soledad, tuvo el presentimiento de lo que la Ciudad se llevaría con ella al hundirse bajo la presión de las naves que, tras sobrevolarla, se posarían con el peso de su devastación, ya que el aterrizaje no sería otra cosa que un aplastamiento nada ajeno al de las posaderas de los voluminosos bigardos que en los festejos comarcales caían al suelo al empujarse sobre los hormigueros.

Y fue entonces cuando se le vinieron a la cabeza las ingentes cantidades de sucesos y revelaciones, con frecuencia nada agradables, de sus gacetillas y avisos, tanto en el periódico como en la radio, desde aquel punto común que la mirada del Vigía ponía de relieve, no sólo dejando constancia de la realidad noticiable, también de las intimidades y secretos que en las esquinas concernían a lo público y a lo privado, usando en unos y otros casos o bien el aplomo de la denuncia o la sagacidad de la metáfora.

Sabiendo en cualquier caso y, como era de prever, que él como Vigía formaba una parte alícuota de la memoria de una Ciudad más desmemoriada que des-

pierta, en la que los fondos no eran sólo de reptiles, también de roedores y sabandijas: lechos de légamos y escorias que se alimentaban de los albañales y perjuicios causados por los intereses malsanos y ambiciosos.

Constatando de este modo Ciro Caviedo que lo que la Ciudad se llevaba en el hundimiento, a no ser que los extraterrestres tuvieran otras intenciones para ella, sería el poso de sus miserias seculares, las morales y las administrativas, las particulares y las colectivas, las que se perdieron en los sueños y las quimeras y las que se quedaron en los pensamientos más constreñidos y ruines.

Y todo ello también con el poso de las envidias y las arrogancias, las vanaglorias y fatuidades, y lo poco que pudiera quedar del remanente de los ofendidos y los pobres de espíritu, si era verdad que todas las ofensas y humillaciones se habían saldado para que nadie rechistara en su momento, con la consiguiente condonación y alguna pensión no contributiva, velando por la abolición de las protestas y los agravios e intentando que todos los vecinos pudiesen subsistir, aunque sólo fuera con lo puesto.

El vacío conyugal

Ciro Caviedo casi nunca soñaba y podía permanecer alerta en la cama, cerrado a cal y canto el piso de la calle Azufre, echadas las persianas, fundidas las bombillas, con el goteo del grifo de la cocina como única resonancia de una realidad doméstica en la que ya nada restaba de los compromisos matrimoniales que, al menos en tres ocasiones, habían renovado la desgracia de unas existencias abolidas.

Compromisos matrimoniales con dos hijos en uno de ellos y las secuelas de una viudedad llena de achaques y prevaricaciones, cuando ya el rasero de los sentimientos y de las emociones unificaba la ilusión y el escarnio, lo que en el devocionario de la vida conyugal quedaba como un afán de promesas incumplidas.

Era el vacío conyugal propio de la incomprensión y el distanciamiento, del silencio que se contraponía al ruido de los muebles y los enseres que en los distintos pisos de los sucesivos matrimonios, incluido el que obtuvo el fruto de los dos hijos, variaban entre las habitaciones y las invectivas.

Con esa perfidia que contrapone el orden y el desorden de una falta de entendimiento que acaba siendo

desoladora, si el mobiliario ya no cumple su función originaria en las estancias para las que fue comprado, y los enseres se diseminan en desacuerdo con su uso y destino, todo lo cual jamás causó preocupación al cónyuge saldado.

Los fracasados matrimonios no escarmentaron a quien desde su gacetilla dio cuenta de las desavenencias conyugales como trasunto de otras de distinto rango pero parecida resolución, ya que entre las habilidades del Vigía se contaba esa capacidad para ir de lo particular a lo general, de lo íntimo a lo público, como si en el rastreo de sus sensaciones orgánicas, las atinentes tanto a los jugos gástricos como a las sacudidas nerviosas o los ritmos cardíacos, pudieran perfilarse otras observaciones.

Por ejemplo, aquellas que en la realidad ciudadana, en su complejidad y gobierno, supusieran la percepción de esos equivalentes ritmos interiores, con el posible diagnóstico de sus paralelas alteraciones y familiaridades.

Lo que con frecuencia reconvertían las gacetillas en una fuente de análisis clínicos, ya fueran sociales, administrativos, políticos o de usos y costumbres, siendo muchas veces la propia Ciudad, en sus recovecos y celebraciones, un auténtico cuerpo del delito, si tenemos en cuenta que con frecuencia las gacetillas formaban parte de la crónica de sucesos.

Un rumor de ultratumba

Durmió finalmente Ciro Caviedo sin escuchar otra cosa que un zumbido encadenado, que lo mismo podía provenir de la cisterna del váter jamás reparada como de la sístole y la diástole de su corazón abrupto que, aunque no lograba salir de la caja torácica, sí percutía en ella con parecida tozudez a la de quienes llaman a la puerta sin resignarse a que no les abran.

Lo que muy bien podría suceder esa noche, si su domicilio se contara como uno más de los que en la Ciudad durmiente, cuando cundiera el pánico o se apercibieran los insomnes de que algo extraño sobrevénía, ya no fuera posible evitar que saltaran las cerraduras.

Una vez que se hubiera escuchado lo más parecido a un aviso o una admonición: el ronroneo de motores y alcantarillas, el eco de una rotura sísmica que arrugara las sábanas y removiera las lámparas en el techo de las habitaciones, donde podían producirse grietas con el estremecimiento de los edificios o, sin llegar a tales extremos, siendo los insomnes habitualmente muy delicados y medrosos, un rumor de ultratumba que los retuviera inmovilizados bajo el sobresalto de los estertores y las convulsiones.

Todo esto sabiendo que los que mal duermen menos posibilidades de defensa tienen ante los acontecimientos inesperados, y en esa noche las grandes posaderas de las naves estelares cayesen sobre los sanitarios de los escusados y evacuatorios urbanos, tal como pudo vaticinar el Vigía en la gacetilla como una invención no menos taimada que interesada.

De ese modo quedarían en muy mal lugar los agentes profilácticos que cubrían algunas plazas municipales y que pondrían en evidencia su incapacidad para inspeccionar y mantener al día la higiene de los inodoros.

Un asunto que tenía mucho que ver con la propia fisonomía de la Ciudad de Sombra, siempre mal regida por los poncios y consejeros, peor administrada por los delegados y un funcionariado exánime que, entre los cambios partidistas, electoralmente obtusos, dudaba y reprimía cualquier acción burocrática, entre la indeterminación de los actos administrativos y la amenaza siempre latente de los expedientes disciplinarios.

La realidad urbana

Así permanecía la realidad urbana sin pavimentar las más de las veces y con el servicio de recogida de basuras suspendido desde la última adjudicación a una empresa de abalorios y marroquinería.

Todo lo cual no tendría por qué percutir en los durmientes menos viscerales, pero sí en aquellos otros que iban a votar acobardados a las facciones más onerosas de los grupos políticos refractarios, unidos para consolidarse en la vacua realidad que pretendían gobernar, con el provecho oportuno en cada candidatura.

La Ciudad estaba sucia y desangelada, de modo más visible cuando la noche la embadurnaba con sus excrecencias, y en el sentir de muchos, sin que las autoridades se percataran, esa podía ser una de las razones que movieran a los extraterrestres al inusitado aterrizaje que podía producirse la noche de marras.

No sería una suerte de invasión sino de deposición.

Lo que en la gacetilla de Ciro Caviedo se pronosticaba con algunas maldades implícitas y cierto recochineo hacia los servicios públicos que, desde que la democracia se había instaurado y antes de corromperse como doctrina política ilusoria, siempre habían olvidado tirar de la cadena.

Las esquinas correspondientes

Ciro Caviedo, antes de este sucinto relato sobre la llegada a su casa en la calle Azufre, había hecho guardia, tras las sucesivas esquinas correspondientes y estirando la noche por las tabernas de las Catervas y los Averiados, incluso en las Sicalipsis, en la plaza del Comedero y, dada su mala cabeza, allí mismo había extraviado la libreta en la que anotaba la situación extrema a que había llegado en sus averiguaciones.

–Sistémico, pero no metodológico ni paradigmático... –había dicho y luego repetido, tras el resultado de su vigilancia en la plaza del Comedero y antes de emprender el camino hacia la calle Azufre cuando ya en la noche de marras eran visibles los agujeros astrales de las lunas triplicadas en los remansos del Escaldo, el Maguncia y el Ciego, los tres ríos que fluían confundidos y maltrechos, sin lograr encauzar un devenir histórico que se ajustaba al ineludible desorden de los hechos y las circunstancias.

El Vigía dio aquella noche muchas vueltas en la cama, pero no tantas como en la libreta perdida pudiera recuperar, y muchas menos de las que incrustaban su

vida en el trasiego de las esquinas y en el desaliento de las emociones que justificaban su existencia.

Una existencia presidida por la vana filosofía de que todo debiera confluir en la solidez de la nada, la carencia absoluta de un cometido, la negación de las cosas, el voy y vengo de la mayor futilidad, y un poco de vanidad cristiana para sobrellevar la poliomielitis.